

CUBA Y EL PAPA, LO REALMENTE ACONTECIDO

Andrés Cañizález

Envuelta en una gran especulación periodística previa, la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba entre el 21 y 25 de enero es ya parte de la historia y, al ser un verdadero acontecimiento, en este fin de siglo, merece una mirada lo realmente acontecido, lo que tuvo lugar durante esos días a lo largo de la isla, más que enfilar hacia nuevas conjeturas sobre el destino de la "Cuba postpapal".

Son incontables la serie de hitos, de situaciones inéditas, que tuvieron lugar en Cuba en tan corto tiempo. Si bien fue la primera vez que un Papa pisó suelo cubano, esto no ocurrió en cualquier momento, sino justamente en la etapa más difícil de la Revolución, cuyas propuestas éticas primigenias están seriamente en contradicción con lo que se vive en la isla, en este momento concreto, fruto, sí, del bloqueo de décadas por parte de Estados Unidos, pero también del agotamiento de un proyecto socio político, en términos de factibilidad económica y de apuesta utópica.

Ese "momento concreto" de la Revolución fue reflejado de forma reiterada por el Papa en sus homilias e intervenciones, sentando la posibilidad de que la Iglesia, pero más en el fondo una creencia religiosa, puede constituirse en punto de apoyo espiritual para vivir en medio de una crisis, de la crisis particular del proceso cubano, el cual había marcado en sus inicios un claro distanciamiento con el mundo eclesial, particularmente católico, y esto sólo es revisado tras la caída, con el Muro de Berlín, de las verdades del "materialismo científico", esquematizado en los manuales soviéticos.

Un hecho que definitivamente marca a esta visita es el desplazamiento por primera vez en cuatro décadas del protagonismo de Fidel Castro. Esto es lógico que sucediera en la serie de actividades litúrgi-

cas del Papa; pero también ocurrió en otras esferas, y así el oficialista Granma, de forma inédita, dedicó más fotografías a Juan Pablo II que al veterano líder revolucionario, para reseñar el arribo del Sumo Pontífice a La Habana.

Castro preparó a los cubanos con días de antelación para el acontecimiento que estaba por venir, en una maratónica intervención televisiva de casi seis horas. Se asumió como un riesgo calculado el protagonismo que tendría el Papa en la isla, la avalancha de periodistas (especialmente de Estados Unidos) que pudieron trabajar sin trabas y la diplomática aceptación de los señalamientos hacia el régimen.

Estamos, pues, ante un escenario totalmente inédito desde 1959, y estos son algunos de los hechos acontecidos: Fidel Castro no es la figura protagónica, lo es el líder espiritual de los católicos (hasta hace pocos años relegados); las misas (masivas) tienen lugar en espacios abiertos; la televisión cubana transmite en directo cada una de las celebraciones; se aceptan en silencio las críticas; algunos de estos espacios públicos son usados para la disidencia; las expresiones religiosas tienen lugar en simbólicos lugares de la Revolución.

Los creyentes cristianos, y especialmente los católicos, vivieron a lo largo de décadas con una especie de estigma, de marca social. En enero de 1998 fueron protagonistas, con la posibilidad amplia de vivir y disfrutar de ese protagonismo, en el marco de la visita papal. Este hecho se dio no sólo en la preparación previa, sino en el desarrollo mismo de la estadía de Juan Pablo II, y no necesariamente debe vincularse con el número de personas que asistieron a las misas masivas.

Para los creyentes cristianos en general (por el carácter ecuménico

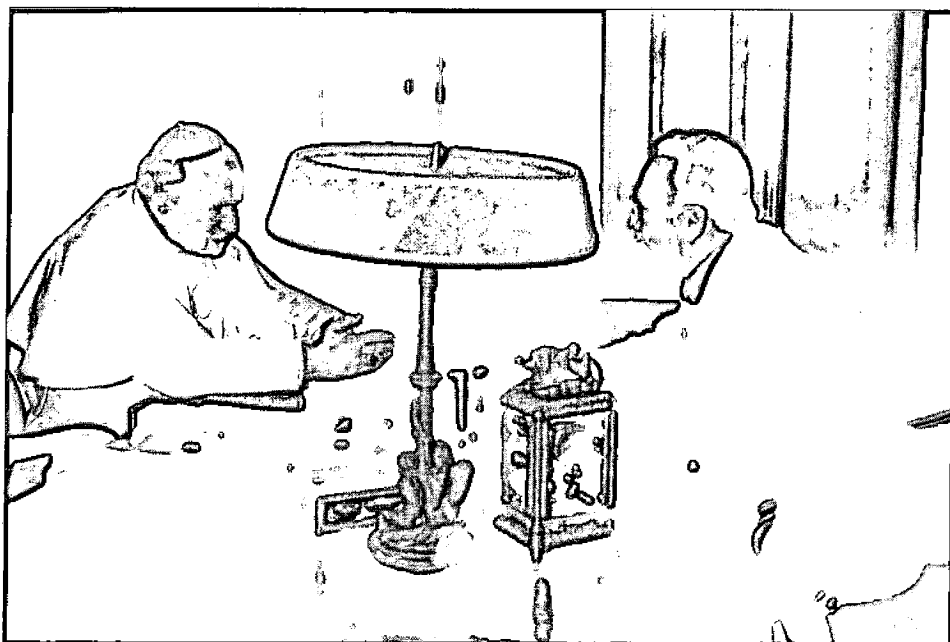
que tuvo la agenda papal), la presencia del Papa ha significado una dignificación de su condición, de su capacidad para participar sin cortapisas en el proceso socio-político del país y una recuperación de lo público, porque, si bien en Cuba no se cerró ni una iglesia, como acostumbran a decir las autoridades, la práctica religiosa pasó a ser "mal vista" y por tanto se limitó a lo privado.

Se dieron las consignas por "libertad" en medio de las misas. Fueron aisladas, pero no reprimidas. Prevalció el ambiente de celebración religiosa, y en tal sentido se manifestaron las expresiones usuales de un acto litúrgico; fue evidente que muchos cubanos se reencontraban con lo religioso después de décadas, y para otros muchos fue motivo de curiosidad. Los asistentes, sea para gritar por libertad o para seguir el ritual religioso, pudieron por primera vez hacerlo "a los cuatro vientos", y en algunos casos con una efervescencia que sólo se había visto en la isla durante el clímax revolucionario.

El carácter festivo de los cubanos impregnó también a las celebraciones, a la visita en general. Así, más de una conga se improvisó en honor al Papa, para corearla en medio de las multitudes o al paso del "Papamóvil". En las misas se pasó, entre los asistentes, de la cautela inicial en Santa Clara, a la interacción con el Sumo Pontífice, que quedó registrada en La Habana, en donde sólo un discurso de Fidel Castro, por algún acontecimiento (la muerte del Che, la tragedia de Barbados) había logrado congrega a tantas personas (un millón aproximadamente) en una actitud mayoritariamente de respeto e introspección.

La presencia, en Cuba, del líder espiritual de la Iglesia quedará registrada para la historia en escena-

Andrés Cañizález es periodista, corresponsal de la Agencia DPA y miembro del consejo de redacción de Comunicación.



Pese a ese tono conciliador, lo dicho fue claro, y sobretodo entendido por los cubanos. El mensaje por la paz y la reconciliación entre los cubanos fue recurrentemente mencionado, como el que más quedó grabado.

Para los cristianos en general, la presencia del Papa ha significado una dignificación de su condición, de su capacidad para participar sin cortapisas en el proceso socio-político del país y una recuperación de lo público

rios simbólicos. Las misas de Santiago y La Habana tuvieron lugar en las Plazas de la Revolución, siendo la de la capital cubana más cargada de simbolismo, pues ha sido lugar tradicional para las intervenciones de Fidel Castro, quien por primera vez estuvo allí de traje y corbata, como un asistente más, sin ocupar la tarima principal.

Un gigantesco Corazón de Jesús, muy tradicional entre los cubanos, estuvo a la retaguardia del Papa. Juan Pablo II, en el centro neurálgico del poder revolucionario, estuvo flanqueado por el icono del Che Guevara con su célebre frase "Hasta la victoria siempre", y por la estatua de José Martí y el edificio del Consejo de Estado y del Comité Central del PCC, que hasta inicios de esta década se declaraba decididamente ateo.

Este conjunto de hitos no constituyen más que la voluntad del gobierno cubano por realizar en los mejores términos posibles la visita papal. No cualquiera, la más seguida en el mundo en los últimos años (tal vez sólo comparable a la que realizó a Polonia tras ser investido como Sumo Pontífice hace dos décadas). Cuba fue una vitrina universal durante esos días, y en este sentido la respuesta gubernamental estuvo a la altura.

También la Iglesia (de Cuba y

Roma) apostó por el "éxito" de la visita, y esto debía ser entendido como que la estadía debía transcurrir sin grandes contradicciones o confrontaciones públicas. Un ejemplo de ello fue la petición de libertad para presos políticos, que no fue presentada directamente por el Papa, sino por uno de sus allegados. Esta fue respondida por el gobierno, no de inmediato, por el efectismo que tendría, sino dos semanas después.

De parte del Papa hubo señalamientos, de diversa índole, algunos reiterados como el de la apertura en educación -hasta ahora restringida al Estado y con una fuerte carga ideológica-; otros, menos repetidos pero realmente sensibles, como la posibilidad de libertad de asociación o la separación de la familia cubana, por causas del exilio político o económico.

El lenguaje diplomático del Vaticano impregnó de conciliación lo dicho por el Papa. Es decir, no estuvimos ante palabras agresivas o de claro enfrentamiento, como las ha habido en otros escenarios; pero en Cuba se dijeron cosas que nunca antes se habían cuestionado en público, y menos en transmisión por los canales de televisión del Estado, como se acostumbra a decir, en vivo y directo.

Pese a ese tono conciliador, lo

dicho fue claro, y sobretodo entendido por los cubanos, que pegados a la televisión siguieron paso a paso la visita Papal. El mensaje por la paz y la reconciliación entre los cubanos fue recurrentemente mencionado, como el que más quedó grabado entre los asistentes a las misas.

El punto real de confrontación, y que algunos sopesaron como crítico en la visita, lo protagonizó el arzobispo de Santiago de Cuba, Pedro Meurice Estiu, al recibir al Papa en la Plaza de la Revolución de esa ciudad, verdadera "cuna" del proceso revolucionario. El mensaje abiertamente crítico, directo, de unas de las figuras jerárquicas fue recibido en respetuoso silencio por Raúl Castro, el segundo en importancia y por todos considerado como el "duro", el "ortodoxo" del régimen. Otro hecho sin parangón.

En el resto de la jerarquía -contrariamente a lo dicho en público por Estiu- y al ser ampliamente entrevistada por medios extranjeros, prevaleció en ese momento y tras la ida del Papa una actitud abierta al diálogo y entendimiento con las autoridades del Partido Comunista de Cuba (PCC), aunque es evidente que la visita papal abrió, de facto, nuevos caminos públicos y sociales para la Iglesia católica.

El fin de la visita dejó a muchos "cazadores de noticias" con la sensación de haber perdido su tiempo. No hubo anuncios espectaculares, ni una confrontación de titanes. Sin embargo, el acontecimiento de los hechos de esta estadía papal en Cuba ha significado -en sí mismo- una transformación de envergadura en la isla.